

MUJERES VAMOS A ANDAR

Patricia Moscoso
Esteban Valenzuela



21 de noviembre de 1985: en la marcha hacia el Parque O'Higgins.

Están firmemente convencidas de que con el trabajo que hicieron el año pasado y con el de los dos anteriores van a conseguir logros significativos durante 1986. De allí que para este año que recién comienza su lema sea: "Vamos mujer, el 86 es nuestro".

Sin poseer una estructura orgánica determinada, Mujeres por la Vida constituye hoy, en la oposición chilena, la alianza femenina que cuenta con mayor poder de convocatoria. Y por esto en ella participan sin distinción la mayoría de las agrupaciones de mujeres organizadas y otras mujeres que se han incorporado a sus acciones por iniciativa particular. Por eso, precisamente, pretende reforzar y aumentar su trabajo en este año, sumándose, según expresan sus integrantes, "al colectivo de un país que está en la misma posición que la nuestra; en un sentido amplio y genérico, al país que lucha por la vida".

Dentro del múltiple y atomizado espectro de organizaciones femeninas y/o feministas, Mujeres por la Vida aparece ante la opinión pública como una instancia unitaria y como el germen que podría llevar a un gran movimiento de características similares a las que tuvo el "poder femenino" en otros períodos y bajo otras circunstancias. Sin embargo, las trece mujeres que forman el "creativo" o comité permanente del grupo, tienen claro que las acciones pasan por el trabajo de todas y cada una de las organizaciones a las que convocan, algunas de las cuales existen desde mucho antes de que, a fines de 1983, se creara ésta.

Por eso, y porque quieren res-

guardar a toda costa la unidad, todo programa se discute exhaustivamente. Y los acuerdos que se toman se respetan a fondo, haciéndose una evaluación crítica después de cada convocatoria. Por las mismas características del grupo, sus organizadoras no lo piensan aún como un movimiento masivo de acción permanente, sino como uno que actúa frente a cosas coyunturales, para sensibilizar al país y especialmente a la población femenina.

En Mujeres por la Vida participan cerca de treinta organizaciones, que van desde el departamento femenino de la Democracia Cristiana al Coordinador Político que agrupa a las mujeres de izquierda, pasando

por las feministas de La Morada, las mujeres organizadas en torno a las ollas comunes, el departamento femenino de la Coordinadora Nacional Sindical y las estudiantes universitarias, entre otras.

La diversidad viene de la génesis misma del movimiento. "Fue en octubre de 1983 —recuerda Patricia Verdugo, una de las fundadoras—. Se vivía un momento muy especial, porque después de las primeras protestas, que habían tenido un carácter unitario y policlasista, se empezaba a vivir la lucha de clases y la división de partidos. Los hombres, que tienen toda una historia en el poder, aparecían en una posición egoísta, ciega, mirando más hacia el 'cómo voy yo en la parada cuando caiga la dictadura', que hacia el 'cómo lo hacemos para que caiga'. Nosotras, como mujeres, veíamos que el problema era de vida o muerte, y con María Rozas y María Olivia Mönckeberg nos dijimos: 'Llamemos a las amigas'".

Sin embargo, no se trataba de cualquier amiga: "El asunto era convocar a un encuentro de mujeres que respresentaran a grupos y que además fueran amigas", dice Fanny Pollarolo, otra de las fundadoras y hasta hoy participante del núcleo base.

Las nombradas y otra decena llamaron entonces a una conferencia de prensa, donde pusieron de manifiesto su propósito de defender la vida. Luego vino un masivo acto en el Caupolicán, casi al terminar el año. En ese recinto —copado de mujeres— las ideólogas del movimiento comprobaron que la posición amplia tenía muchas seguidoras, sin ignorar, eso sí, que se coincidía con el proceso de apertura que invadía todo el país. A partir de allí se han hecho otras manifestaciones que les han permitido consolidarse, aunque reconocen que no han crecido tanto como debieran. El año recién pasado, luego de una marcha pacífica por Providencia, el 26 de octubre, hicieron una manifestación frente a la Catedral Metropolitana, donde fueron detenidas seis de las participantes.

En su conjunto, las mujeres organizadas están optimistas. "Si consideramos que hace cuatro años lo único que había era el departamento femenino de la Coordinadora Nacional Sindical, es hartito lo que se ha avanzado", dice María Lenina del Canto, del Coordinador Político, que también participa en Mujeres por la

Vida. Ese optimismo no desconoce que hay una enorme tarea por delante si se quiere engrosar las filas de grupos y movimientos tales como Mudechi (Mujeres de Chile); Memch 83 (Movimiento por la Emancipación de la Mujer Chilena, que lleva el mismo nombre de su antecesor surgido el año 1973 y liderado, entre otras, por Elena Caffarena), el Momupo (Movimiento de Mujeres Pobladoras), y otros.

Quienes miran con ojo crítico y comparan el caudal femenino organizado en otros períodos, se muestran escépticos. Se alude también al contrapeso del "voluntariado femenino", que gira en torno al Diego Portales (según un estudio realizado en 1983, serían cerca de 10.300 las damas de distintos colores que están en esto), y de los Centros de Madres, que cuentan con unas 230 mil socias.

Acerca de la primera observación, la respuesta central de las mujeres opositoras es unánime: nunca antes como bajo este régimen se vivió el miedo institucionalizado. "El poder femenino que se organizó para pedir la salida de Allende —dicen— contó con todas las facilidades: tenían los órganos de comunicación, el poder de instituciones. Nosotras enfrenta-

mos la represión uniformada cada vez que salimos a la calle. Como nuestros actos no son autorizados, la convocatoria no es pública sino privada. Si pudiéramos llamar a través de los medios de comunicación se integrarían muchas más mujeres".

Hay otras razones: "Las mujeres políticas hemos tenido deficiencias en nuestro discurso, sobre todo hacia las mujeres de la clase media influenciadas por el discurso oficial, que pone a la mujer como defensora de la familia, la patria, y que pone énfasis en el orden y la seguridad", declara Graciela Bórquez, vicepresidente del Departamento Femenino de la DC. "Frente a eso debemos decir que esos valores no son tales, porque la familia está amenazada por la falta de posibilidades de desarrollo y el país se encuentra en peligro a causa de la violencia institucionalizada".

La socióloga Teresa Valdés —que forma parte del comité organizador de Mujeres por la Vida— agrega: "Aparte del miedo personal, está el de los maridos y el de la familia, que no quieren que la mujer salga por la represión. Y además está la realidad concreta de las mujeres (en sus roles domésticos): ante una salida a la calle o un acto, la comida, el cuidado

del hijo tienen siempre prioridad".

Paradójicamente, esos roles domésticos han sido la pauta para la organización de las mujeres de menores recursos. Las pobladoras han tenido su primer germen de organización en este período en torno a las ollas comunes, los comedores populares, los talleres artesanales.

El sector de las mujeres trabajadoras es considerado como el más difícil, "por el doble rol que juega, como obrera y dueña de casa. Hay mucho miedo a perder el trabajo, sobre todo cuando ella es el único sostén del hogar. Pero cuando se decide a participar, no hay quien la pare", asegura María Lenina del Canto.

Para todas ellas, 1986 constituye un desafío. Un desafío que parte por ampliar la convocatoria movilizadora a las mujeres que están inactivas, en especial las dueñas de casa y los sectores medios. Y esto en todo el país. Se trata, primero, de vencer el temor, aunque como dice la siquiátrica Fanny Pollarolo, "éste es un círculo vicioso, porque el miedo sólo se saca en la práctica enfrentándose a las situaciones". Pero como lo probable es que esta lógica no va a convencer a muchas, se estudian alternativas de participación en las casas, en los sectores donde se vive. "Por ejemplo", dice la socióloga Mariluz Silva, de Mujeres por el Socialismo, "si se piensa en un paro nacional, será importante que las mujeres se concierten con los comerciantes por barrios para comprar en los días previos al paro". En este caso, piensa, "se trata de involucrar a toda la familia, para que nadie haga nada".

Como punto de partida en este año que se inicia, la mira apunta a un gran acto de celebración, el 8 de marzo, del Día Internacional de la Mujer. En lo posible se buscará la autorización gubernamental, para así poder llegar a los más amplios sectores a través de los medios de comunicación masivos.

La historia, en todo caso, no termina aquí, advierte Mariluz Silva. "Cuando llegue la democracia, las mujeres no deben ser relegadas nuevamente a los departamentos femeninos de los partidos u organizaciones. Al contrario, tienen que convertirse en un actor social que presente sus propias demandas". Y añade Graciela Bórquez: "Después de la dictadura no podemos volver a quedarnos sin voz". □



La represión: un factor que juega en contra de la organización.